

Tecnología y perspectiva

Hacer memoria y retrotraernos a lo que la tecnología significaba hace tiempo no es un ejercicio sencillo: el escenario se mueve a tal velocidad, que hace difícil mantener elementos de referencia; si los tenemos, seguramente es porque estamos obsoletos, y nos aferramos a esas referencias porque cambiar es algo que, sencillamente, nos da pereza.

En mi caso, echar la vista atrás hasta el año 2000 es sencillo, porque fue un año importante para mí. Tras cuatro años viviendo en una California efervescente, volvía a España con mi título de doctor bajo el brazo, y me encontraba con que podía, en virtud de mi experiencia en un mercado reconocido como más avanzado y mi preparación como académico, escribir sobre los efectos de la tecnología y su adopción. Aunque nunca pretendí ganarme la vida con ello - la mayoría de mis colaboraciones con medios eran entonces gratuitas-, sí me ha permitido mantener un registro escrito fiel de mis ideas, mis preocupaciones, y también mis - por supuesto - obsesiones en relación con la evolución del entorno tecnológico. Diecisiete años escribiendo dan mucho de sí.

Entiendo la tecnología como un entorno de un dinamismo brutal, en el que los cambios suceden a una velocidad impresionante. El final de siglo y la entrada del nuevo nos demostró precisamente eso: la crisis de las *puntocom* fue vista por muchos como una especie de “enmienda a la totalidad”, como si aquello fuese todo “una patraña” y nada tuviese importancia. Aquellos años se caracterizaron por una visión cercana a la de la magia, a la de la sorpresa, al “mira estos chicos tan ingeniosos, lo que han sido capaces de hacer y cuánto dinero han ganado”, como si fuese así, un chasquear de dedos y ya has montado una *puntocom*.

La realidad era otra. La supuesta magia era en realidad un trabajo intenso, horas de teclado, y la habilidad de convertir ideas en código ejecutable. Con el tiempo, en algunos países han entendido ya la inmensa importancia de la programación de cara al futuro, de entender que vivimos completamente rodeados de objetos programables, y que aprender a programar es tan funda-

mental como entender Física o Biología: una forma de aprender a vivir. En España, desgraciadamente, seguimos sin tenerlo claro, y las sucesivas reformas educativas se han enfocado... a otros temas.

La “magia” de entonces dio paso a la inadaptación. Gran parte de lo que escribimos en la primera década del siglo representaba la constatación de que nuevas formas de hacer las cosas desplazaban a las antiguas, y de cómo los afectados trataban de resistirse a ello. Aquellos intentos de resistirse inútilmente al progreso nos mantuvieron entretenidos buena parte de la década: las empresas de contenidos y su insistencia en que los usuarios éramos malvados y perversos, en lugar de tratar de proporcionarnos sus productos en las condiciones que demandábamos. Con el tiempo, hemos entendido que el problema nunca estuvo en los usuarios ni en la tecnología, sino en la palmaria falta de visión de unas compañías que pretendían que, en un mundo que había cambiado, todo se siguiese haciendo como ellos decían y de ninguna otra forma, algo que el tiempo probó completamente insostenible.

El avance del siglo nos trajo, sobre todo, la evidencia de que Gordon Moore, cofundador de Intel, era un genio, y que la aplicación de su ley nos permitía disfrutar de ordenadores cada vez más potentes y más pequeños. Tan potentes y pequeños que empezamos a ponerlos en todas partes, incluso en sitios insospechados, para dar lugar al internet de las cosas. Y con todas esas cosas conectadas y generando datos, comenzamos a darnos cuenta de que nuestras capacidades analíticas se sublimaban, y que el aprendizaje y la inteligencia dejaban de ser patrimonio del ser humano; llegamos a la que, para mí, es la revolución más importante en lo que llevamos de siglo: el *machine learning* y la inteligencia artificial.

Para mí, esos son los tres elementos que marcan mi perspectiva de este siglo: las *puntocom*, la resistencia al progreso y el *machine learning* como clave del futuro. Y en esas seguimos. Han sido diecisiete años trepidantes, rápidos, brutales. Y aun así, no son nada comparados con los maravillosos años que están por venir... ■



ENRIQUE DANS

Profesor de
Sistemas de
Información en IE
Business School

Han sido
diecisiete
años
trepidantes,
rápidos,
brutales...
Aun así, no
son nada
compara-
dos con los
que están
por venir

”